



Revolución y holocausto en la frontera

Carlos González
Herrera*

El 6 de marzo de 1916 Frank Scotten, alcalde de la prisión de El Paso y su director médico, el doctor G. B. Calnan, giraron instrucciones para que aproximadamente 50 prisioneros de la cárcel de El Paso fueran llevados al patio central de ésta. Ahí, se les ordenó desnudarse y agruparse para ser despiojados con una mezcla de querosén y vinagre. Repentinamente, una chispa de origen desconocido inflamó los vapores que salían de los tanques que contenían la mezcla y que se esparcían por el patio produciéndose como consecuencia enormes lenguas de llamas que, según algunos testigos, literalmente se tragaron a los infelices prisioneros que se encontraban desnudos. Después, los propios tanques funcionaron como bombas que causaron una tremenda explosión que destruyó los ventanales y puertas del hospital de la cárcel, situación que si bien puso en riesgo a los prisioneros hospitali-

* Docente de la Universidad
Autónoma de Ciudad
Juárez

zados, permitió que algunos de los que eran sometidos al procedimiento de desinfección pudieran abandonar el patio en llamas y refugiarse dentro del hospital.¹ Un par de días después los fallecidos sumaban 18; sólo uno de ellos era angloamericano.²

Mientras los periódicos de El Paso en sus crónicas del suceso insistieron más en el carácter trágico y en el comportamiento heroico de los bomberos y de Carmen Alonzo, una jovencita mexicana de 17 años refugiada por la Revolución, el *San Antonio Express* reportó testimonios en Ciudad Juárez en donde había un sentimiento de rabia y de indignación por la irresponsabilidad de las autoridades estadounidenses. Dos prisioneros mexicanos, aún con sus ropas en llamas, habían logrado cruzar hacia el lado mexicano y narrar que no se había tratado de un accidente, que autoridades de El Paso les habían arrojado gasolina y luego un cerillo encendido.³ El reportero de este diario señaló que era evidente el sentimiento de irritación que se respiraba en Juárez por la forma en que las autoridades de los Estados Unidos trataban a los mexicanos, sobre todo a los que venían del interior de la República, con el pretexto de la lucha contra el tifus.⁴

El coraje y la indignación se extendieron entre la población mexicana, tanto de El Paso como de Ciudad Juárez, pero era en esta última donde había más libertad para tomar acciones nacionalistas abiertamente antiamericanas. Los habituales

visitantes temporales anglos que cruzaban para divertirse en el hipódromo o los salones de juego y cantinas de Juárez, fueron insultados, agredidos e incluso sus automóviles fueron baleados antes de llegar al puente Santa Fe, en su regreso a El Paso. Las autoridades carrancistas dieron muestras, también, de ese nacionalismo popular desorganizado y voluntarista al no intervenir para detener los disturbios e incluso cerrar las oficinas de aduanas y el puente mismo, obstruyendo el tráfico de El Paso hacia Ciudad Juárez. No fue sino hasta que las autoridades militares de El Paso demandaron la protección del gobierno federal mexicano que el general Murguía, comandante militar carrancista en Chihuahua, tomó acciones de protección. Durante los siguientes días, los estadounidenses que recorrían el circuito entre el puente Santa Fe y las instalaciones de la aduana, el hipódromo, la zona de bares y salones de juego fueron custodiados por el ejército mexicano. Pocos momentos ejemplifican de manera tan clara el tipo de relación neo-colonial que la Nación-imperio, en aquellos años todavía en formación, esperaba de otros países: la ruta de la diversión, la prostitución, el juego y los vicios recorrida por los visitantes anglos, vigilada por el ejército del país "anfitrión".

Con sorprendente rapidez, ¡un día después!, el alcalde Tom Lea y el juez Dan M. Jackson buscaron encauzar una posible oleada de indignación y presiones de la opinión pública, local y nacional, y el enojo de la población mexicana, nombrando un gran jurado que tendría que determinar si tanto los cuerpos policíacos como los miembros del departamento de salud pública tenían alguna responsabilidad. ¿Cómo explicar —preguntaba el juez Jackson— la necesidad de usar querosén y vinagre para la desinfección de los pri-



¹ Antropólogo e historiador. Profesor del Programa de Historia de la UACJ. Director de El Colegio de Chihuahua.

² *El Paso Morning Times*, 9 de marzo de 1916, p. 8; y *San Antonio Express*, 8 y 9 de marzo de 1916, p. 1. Este periódico, en su encabezado, atribuye el accidente a un cigarrillo.

³ *El Paso Morning Times*, 9 de marzo de 1916.

⁴ Recordemos el fuerte olor a este combustible reportado por los testigos civiles minutos después de la explosión. El olor probablemente provenía de una mezcla de gasolina, creosota y formaldehído en la que se sumergía la ropa de los prisioneros: "Una solución de querosén y vinagres era administrada para bañar [a los prisioneros]. Después del baño los prisioneros debían sumergir sus ropas en la mezcla dicha...". Respecto a la aparición de un cerillo en un sitio donde estaban estrictamente prohibidos, la declaración de R. H. Bagby, prisionero de buena conducta que gozaba de privilegios y que ayudaba en el proceso del baño, declaró que otro prisionero, un anglo de apellido McDonald, había encendido no uno sino dos cerillos y los había arrojado al piso. Su declaración ponía en aprietos al director de la prisión, Frank Scotten, quien había jurado que personalmente había inspeccionado a los prisioneros y ninguno tenía cerillo. *Idem*.

⁵ *San Antonio Express*, 9 de marzo de 1916, *apud* McKiernan, *op. cit.*, p. 195.



sioneros? ¿Cómo entender el proceder de la policía, que había impedido la salida de la cárcel después de la explosión?

Son altamente sugerentes los términos en que el juez Jackson convocó al "gran jurado", pues no sólo predisponía a sus integrantes, sino contribuía a la construcción social de la imagen de los mexicanos:

Quiero instruirlos, caballeros, de su responsabilidad hacia esta corte y hacia la comunidad toda de llevar acabo una investigación completa para llegar a el fondo del desafortunado incidente de ayer. Llamo a ustedes su atención del hecho, de que aunque la mayoría de los infortunados cuyas vidas fueron destrozadas ayer eran vagabundos y desechos de la sociedad, al mismo tiempo la ley es muy clara respecto a nuestra obligación.⁵

Si bien la referencia general que hacía el juez era hacia los prisioneros, debemos recordar que la mayoría de los que fueron llevados a someterse al baño de desinfección el día 6 de marzo eran mexicanos.

Pero regresemos brevemente al miedo a una respuesta animada por el nacionalismo popular mexicano. No hay hasta ahora forma de comprobar una relación causa-efecto, pero lo cierto es que entre los muertos del holocausto se encontraban varios villistas y que sólo tres días después Columbus, Nuevo México, fue atacada sorpresivamente por un contingente de fuerzas pertenecientes a los restos del ejército villista. La explicación más socorrida hasta hoy ha sido la del resentimiento que, por esos días, Pancho Villa tenía frente a la actitud del gobierno del presidente Wilson, quien había dado facilidades militares al ejército carrancista, que finalmente lo derrotó a fines de 1915 en Sonora; el reconocimiento como

gobierno *de facto* de Venustiano Carranza fue leído como una deslealtad de Wilson y como un acto de traición a la patria por parte de Carranza.⁶

Ahora bien, aunque la explicación que sigue imperando es la anterior, resulta por lo menos intrigante y aun fascinante revalorar el componente macro, de tipo político, e integrar a la narrativa del suceso el antecedente de un evento tan importante para la historia de relaciones fundacionales, como son las raciales, de una región como El Paso, donde la frontera seguía en proceso de construcción.⁷ Tengo la seguridad de que la invasión de territorio estadounidense estuvo revestida de elementos adicionales de popularidad y legitimidad entre la población mexicana de ambos lados de la frontera, resultado de la siguiente lectura popular: Columbus fue un acto de justa venganza a la terrible muerte de mexicanos causada por acciones de un racismo oficial en los Estados Unidos. De hecho, existen testimonios de que, tanto en Ciudad Juárez como en El Paso, se pensó que Columbus estaba ligado al holocausto; el brigadier general Samuel Lyman Marshall aseguraba que el ataque había sido ampliamente percibido como una represalia en contra de lo que muchos en México, incluido Villa, consideraron un acto criminal. Mario Acevedo, quien llegó a El Paso en 1916 siendo un adolescente, recuerda que

⁵ "Instrucciones del Juez Jackson al Jurado", en *Idem*.

⁶ El ataque, en ese contexto, ha sido visto como una forma de represalia al gobierno estadounidense pero, sobre todo, como una forma de poner en dificultades al gobierno de facto de Venustiano Carranza al tener que enfrentar un conflicto con los Estados Unidos. Ésta es la explicación que ha encontrado mayor apoyo por parte de historiadores como Friedrich Katz, *La guerra secreta en México*, ERA, México, 1998 y Pancho Villa, ERA, México, 1999; Alan Knight, (*The Mexican Revolution*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1986) vol. 2, pp. 419-421.

⁷ Alexandra M. Stern hace también una propuesta de relectura en su "Buildings, Boundaries, and Blood...", p. 53.

La incursión de Villa, según los rumores [...] fue en represión, en venganza, de un incidente que pasó aquí en El Paso con algunos presos en la cárcel [...]. Parece que estaban despiojando a algunos presos con gasolina y que estando una persona o dos, de lejos [...] de manera no intencional, sino inadvertida, alguna persona encendió un cerillo para prender un cigarro. Todo se prendió [...] y según se decía, Villa dijo: ¡Ahora les voy a enseñar cómo se quema a la gente!⁸

En ese mismo sentido resulta interesante escuchar otro testimonio, el de Ramona González, paseña de origen mexicano que, siendo una niña de 10 años, recuerda que su hermano mayor había presenciado

[...] el incendio de la cárcel [...] ¡sí, los bañaban con gasolina!, y no una untada, se las vaciaban, por eso se provocó el incendio, por tanta gasolina que había [...] y luego los peinanaban para que no llevaran piojo [...]. A los americanos no les tocaba nada de esto porque ellos pagaban fianza y no iban a la cárcel.

En El Paso, los mexicanos a eso le achacamos que Villa fue y atacó Columbus [...] en venganza y rabia por todos los que murieron.⁹

La invasión villista a territorio continental de los Estados Unidos generó un fuerte conflicto internacional, provocó una

numerosísima fuerza invasora a nuestro país con resultados desastrosos y ayudó a preparar a la sociedad y fuerzas armadas estadounidenses para su irremediable ingreso al teatro bélico de la Primera Guerra Mundial. Todo ello, finalmente, redujo sustancialmente la presión para que la investigación del muy posible comportamiento criminal en la cárcel de El Paso llegase hasta sus últimas consecuencias. Al convertirse en un asunto de corte internacional en que además estaban en juego elementos del nacionalismo estadounidense tan fuertes como su soberanía y su honor, las responsabilidades institucionales por un combate a las enfermedades transmisibles, basado en una mezcla de conocimiento científico y racismo, se diluyeron. La fuerte presión que recibieron las autoridades carcelarias y sanitarias de la ciudad, justo después del holocausto, se diluyó. El Paso, como un todo, pareció ponerse de acuerdo en echar suficiente tierra al hecho como para hacerlo invisible a la memoria colectiva. De nuevo escuchemos las reveladoras palabras del general Marshall:

El incidente ha escapado a la memoria de El Paso. Usted no encontrará referencia alguna a éste y a su conexión con el ataque [a Columbus], y ello me sorprende mucho pues el evento estremeció a la comunidad completa. Los paseños vieron una relación causa efecto entre el incendio y el ataque.¹⁰

Vistos como unidad, el holocausto en El Paso y el ataque a Columbus nos permiten una vista integradora de la forma en que la frontera era construida por esos días desde dos proyectos nacionales de abismales diferencias y potencialidades. El horror causado por la muerte de entre 15 y 20 mexicanos en la cárcel de El Paso



⁸ Richard Estrada, entrevista al Brigadier General S. L. A. Marshall (El Paso, 5-19 de julio de 1975), OHI-UTEP, No. 181; y Oscar J. Martínez, entrevista a Mario Acevedo (El Paso, 1 de mayo de 1975), en *ibid.*, No. 153B.

⁹ Oscar J. Martínez, entrevista a Ramona González (El Paso, 15 y 29 de mayo, y 19 de julio de 1976), OHI-UTEP, No. 334.

¹⁰ Richard Estrada, entrevista al Brigadier General S. L. A. Marshall (El Paso, 5, 7, 9, 11 y 19 de julio de 1975), OHI-UTEP, No. 181.



¹¹ A las fuerzas de la expedición punitiva muy pronto se les sumaron otros 5 mil hombres y, como se sabe, el objetivo de capturar a Villa resultó un fracaso. De hecho, hay evidencias de que, para antes de que finalizara el año, la persecución de Villa se había abandonado y sólo se esperaba la incorporación de las tropas a los frentes de la Primera Guerra Mundial. Robert H. Novak, entrevista al Coronel H. Crampton Jones (El Paso, 8 de abril de 1974), OHI-UTEP, No. 125.

y, sobre todo, las condiciones en que ésta se dio, auguraban una escalada de conflictos raciales de dimensiones no conocidas para la zona; vale la pena también imaginar que, habiendo ya una comunidad de exiliados tan grande en la ciudad y en todo el suroeste del país, pudo haber encendido también la mecha de un nacionalismo mexicano militante con fronteras mucho más allá de los límites culturales.

La violenta entrada a territorio estadounidense, por parte de una partida de hombres identificados como villistas, fue leída en términos nacionalistas por ambos grupos nacionales: es una venganza política pero también de raza por lo sucedido a los mexicanos muertos en la cárcel, en condiciones que lindaron con la ejecución, y que adicionalmente formaban parte de los leales a Villa. Pero, también en ambos casos, la respuesta nacionalista a esos dos eventos fue rápidamente minimizada por la puesta en marcha de una invasión a territorio mexicano por parte de un cuerpo expedicionario con fines punitivos. Durante la primera quincena de ese mes de marzo de 1916, los acontecimientos se sucedieron de manera vertiginosa: el día 6, explotó el patio central de la cárcel de El Paso, incinerando a más de una docena de prisioneros mexicanos; el día 9, un grupo armado, identificado con Francisco Villa, ataca Columbus; y, para el día 15, estaba lista para entrar a territorio del estado de Chihuahua una fuerza del ejército estadounidense de casi 5 mil soldados, al mando del general John Pershing.¹¹ En menos de dos semanas, el asunto dejó de ser el holocausto en la cárcel paseña y se convirtió en la entrada a territorio mexicano de una fuerza expedicionaria enviada por el gobierno estadounidense que, aunque de carácter punitivo contra Villa, no dejó de ser la invasión de una nación a otra.

La entrada de Pershing y su fuerza expedicionaria a México nubló las posibilidades de una respuesta nacionalista de tipo

localista y enfocada al evento del holocausto y abrió una etapa para el fortalecimiento de un nacionalismo anti-yankee más amplio pero también más disperso; más de orden cultural que de acciones concretas de reivindicación.